

asestada en lugar conveniente para defender el real, formado de estacas y ramas acarreadas por los indios de Cuba, quienes formaron las chozas que fueron menester. Al día siguiente, sábado, acudió cantidad de naturales enviados por el gobernador de Cuetlaxtla; compusieron las chozas del general y ranchos más cercanos, extendiendo sobre ellas grandes mantas; trajeron, además, porción de víveres, con algún regalo de joyas de oro que entregaron á Cortés, quien las pagó en las bujerías que traía.<sup>1</sup> Rescataron también con los castellanos algunos objetos de oro, recibiendo en cambio cuentas de vidrio, espejos, tijeras, cuchillos, alfileres, cintas y otras cosas del mismo tenor. «Visto por Cortés la mucha cantidad de oro que aquella gente traía, y trocaba tan bobamente por dijes y niñerías, mandó pregonar en el real, que ninguno tomase oro, so graves penas, sino que todos hiciesen que no lo conocían ó que no lo querían, porque no pareciese que era codicia, ni ser intención y venida á sólo aquello encaminada; y así disimulaba para ver qué cosa era aquella gran muestra de oro, y si lo hacían los indios por probar si lo había por ello.»<sup>2</sup> Graciosa industria de Cortés, encaminada, por una parte, á evitar la competencia que los soldados le hacían en el rescate, y por otra, á hacer rebajar el precio que al oro pudieran poner los naturales: la verdad es, que en aquellos trueques los contratan-

1. Bernal Díaz, cap. XXXVIII.

2. Gómara, Crón., cap. XXV.

tes quedaban satisfechos mutuamente; los castellanos, por el subido precio á que vendían sus fruslerías; los naturales, porque adquirían objetos para ellos de inestimable precio, por raros, desconocidos, con el picante sabor del origen extranjero y de la novedad, á cambio de un metal que en sus mercados no era de primera importancia.

Domingo de Pascua, veinticuatro de Abril, llegaron al campo hasta cuatro mil personas sin armas, de las cuales, algunas eran principales y las demás *tamene*, cargados con bastimentos y regalos; venían capitaneadas por Teuhtilli, gobernador de Cuetlaxtla; y por Cuitlalpitoc, embajador cuando Grijalva. Llegados ante Cortés, le hicieron tres acatamientos, le sahumaron como á señor ó dios, guardando todo respeto; el general los recibió con agrado abrazándolos, aplazando la plática para después de la ceremonia de la misa. Por fortuna, ya para entonces había intérprete; se había visto hablar á Marina con los méxica, y como era diestra en el idioma maya, según sabemos ya, Cortés le prometió la libertad si desempeñaba con fidelidad el encargo de *faraute*. Aderezado un altar, Fr. Bartolomé de Olmedo dijo misa, ayudado por el clérigo Juan Díaz, retiráronse en seguida los embajadores y Cortés á la tienda de éste, comieron juntos y alzados los manteles, y en presencia de varios castellanos y naturales, comenzó la conversación. Dijo Don Hernando, por los intérpretes, que eran vasallos de un poderoso monarca, llamado Don

Carlos, el mayor del mundo, á quien muchos reyes y príncipes obedecían, el cual, teniendo noticia mucho tiempo había de esta tierra y del señor que la mandaba, le enviaba á él para decirle cosas de contento, y para contratar con él y sus vasallos de buena amistad; quería, por lo tanto, saber en dónde podría verle y hablarle. Escuchó Teuhthile muy sosegado el razonamiento, mas á la última pretensión, respondió algo soberbio: «Aun agora has llegado y ya le quieres hablar, recibe agora este presente que te damos en su nombre, y después me dirás lo que te cumple.»<sup>1</sup> Sacó en seguida, muchas piezas de oro de buenas labores y ricas, más de diez cargas de mantas finas, con otras muchas joyas, los *tamene* trajeron las vituallas de que venían cargados. «Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes torcidas y otras cosas de Castilla, y les rogó que mandasen en sus pueblos que viniesen á tratar con nosotros, porque él traía muchas cuentas á trocar á oro, y le dijeron que así lo mandarían». . . . «y luego Cortés mandó traer una silla de caderas con andaduras muy pintadas, y unas piedras margajitas que tienen dentro de sí muchas labores y envueltas en unos algodones que tenían almizele porque oliesen bien, y un sartal de diamantes torcidos y una gorra de carmesí con una medalla de oro, y en ella figurado San Jorge, que estaba á caballo con una lanza y parecía que mataba á un dragon; y dijo

<sup>1</sup> Bernal Díaz, cap. XXXVIII.

«á Tendille,<sup>1</sup> que luego enviase aquella silla en que se asiente el Señor Montezuma para cuando le vaya á ver y hablar Cortés, y que aquella gorra que la ponga en la cabeza, y que aquellas piedras y todo lo demás le mandó dar el rey nuestro señor, en señal de amistad, porque sabe que es gran señor, y que mande señalar para qué día y en qué parte quiere que le vaya á ver.»<sup>2</sup>

Para espantar á los embajadores, Cortés hizo soltar la artillería cuando estaba conversando con ellos: «caíanse en el suelo del golpe y estruendo que hacía la artillería, y pensaban que se hundía el cielo á truenos y rayos: y de las naos decían, que venía el dios Quetzalcoatl con sus templos á cuestras, que era el dios del aire, y que se había ido y lo esperaban.»<sup>3</sup> Los jinetes corrieron y escaramucearon todo para dar muestra de su poder y fuerza. Nobles y pecheros méxica observaban asombrados aquellos objetos tan nuevos para ellos, y á fin de poder dar cuenta cumplida al emperador, algunos diestros pintores recorrían el campamento trasladando al papel cuanto veían, sin olvidar al general, á Marina ni á los negros, dioses también como los blancos, á los cuales

<sup>1</sup> Los nombres de los embajadores se encuentran estropeados en los autores; llaman al uno Tendile, Teuthille, Teuthille, Tendile. Teutil; al otro, Pitalpitoc, Pitalpitoque, Cuitlalpitoc, Pilpatos. A Cuitlalpitoc pusieron los castellanos el nombre de Ovanillo, sin duda, por el parecido que tenía el soldado de este apellido.—Orozco y Berra.

<sup>2</sup> Bernal Díaz, cap. XXXVIII.

<sup>3</sup> Gomara, Crón. XXVI.

llamaron *teucacatzactli*.<sup>1</sup> Notó Teuhthlilli que un peón tenía un casco medio dorado, y observó que era semejante á otro que los antepasados de su linaje habían dejado y servía entonces de adorno á Huitzilopochtli, razón por la cual se holgaría Moctezuma de verle; Cortés le prestó el casco, diciéndole: «que porque quería saber si el oro de esta tierra es como el que sacan de la nuestra de los rios, que le envien aquel casco lleno de granos para enviarla á nuestro gran emperador.»<sup>2</sup> Ya se había antes informado Don Hernando de si Moctecuhzoma tenía oro, y como le respondiera el embajador que sí, le dijo: «emieme de ello, ca tenemos yo y mis compañeros mal de corazon, enfermedad que sana con ello.»<sup>3</sup> Burlas eran que contenían veras. Teuhthlilli, terminadas las pláticas y pinturas, se despidió amigablemente, ofreciendo volver pronto con la respuesta.<sup>4</sup>

No lejos del campo se estableció Cuitlalpitoc, en unas mil chozas de ramas con unas dos mil personas entre hombres y mujeres, ocupados en hacer comida que traían á los castellanos, así como agua y leña, con yerba para los caballos.<sup>5</sup> Quéjase Bernal Díaz, diciendo, que aquellas viandas eran para Cortés y capitanes que á su mesa comían, mientras los solda-

1 Sahagún; Relac., cap. VIII.

2 Bernal Díaz, cap. XXXVIII.

3 Gomara, Crón., cap. XXVI.

4 Bernal Díaz y Gomara, loc. cit. — Herrera, dec. II, lib. V. cap. IV. — Torquemada, lib. IV, cap. XVI. — Ixtlilxochitl, Hist. Chichimecas, cap. 79, M. S.

5 Gomara, Cron., cap. XXVII.

dos estaban atenedos á pescar ó rescatar con los indios;<sup>1</sup> no parece probable que los alimentos preparados por el considerable número de sirvientes fueran tan cortos, que pudieran ser agotados por reducido número de personas. Según las indicaciones hechas por Cortés á los embajadores, los habitantes de los pueblos comarcanos ocurrían al real, trayendo algunas piezas de oro y mantenimientos, las cuales rescataban individualmente los soldados, provistos de bujerías de cambio; quéjase también el buen soldado cronista de que las joyas eran de poco valor.

Mientras esto pasaba en la costa, el ánimo supersticioso é indeciso de Moctecuhzoma, le precipitaba á las mayores extravagancias. Figurándose que los dioses querrían venir á Tenochtitlán para pedirle el imperio, comunicó sus órdenes al Tilalcalqui para que no faltasen víveres por los caminos, y estos estuviesen barridos y aderezados, con casas para aposentarlos; pero deseando, al mismo tiempo, evitar una entrevista siempre dañosa, ponía todos los medios para retener á los extranjeros lejos de la corte, ó hacerlos volver por donde habían venido.

Recurriendo de nuevo á las artes mágicas, hizo venir á los nigromantes y hechiceros de Cuauhuahuac, Yauhtepec, Hauxtepec, Acapichtlán, Ocuilla, Malinalco y Tenantzinco, diestros en comer los corazones á los hombres vivos y mudarles las intenciones; apoderarse de noche de los dormidos para despeñarlos

1 Bernal Díaz, cap. XXXIX.

por hondanadas y barrancas; atraer las sabandijas ponzoñosas; poner enfermedades en los sanos; y tornarse en leones, tigres y otros animales bravos. Reunidos en su presencia, les mandó marchar á la costa, y empleando sus artes, lograran mover á los blancos á volver á su tierra, ó al menos, impedirles viniesen á México. Prometieron de cumplirlo, tomando el camino de Chalchiuhvuecan: llegados allá, cuatro días ocultamente ejercitaron sus artificios sin provecho, y al cabo, convencidos de su impotencia, regresaron á México á decir al emperador, cómo, divididos en cuadrillas, sin ser vistos, rodearon á los dioses, sin poder hacer daño en los dormidos, porque siempre había algunos velando; mataban á cuantos animales se les acercaban, no pudiendo nada los conjuros sobre su corazón: dioses debían de ser de clase muy superior.<sup>1</sup> Cosas son estas que parecerían indignas de la historia, si con ser pequeñas y ridículas no explicaran cumplidamente ese hecho, extraño á primera vista, de cómo, pueblos numerosos, valientes y aguerridos, recibían de paz y regalaban á los invasores, permitiéndoles penetrar hasta el corazón del país sin resistirles.

Teuhtlilli vino por la posta á Tenochtitlán, entregando á Moctecuhzoma las pinturas, el regalo de Cortés, é informándole de las pretensiones que aquel caudillo tenía de verle. Visto y oído todo, el emperador cayó en el mayor abatimiento, sin saber disimular las lágrimas; pensando que los dioses le dejarían tranquilo

<sup>1</sup> Tezozomuc, cap. ciento diez. M. S.—P. Duráb, cap. LXXI. M. S.

como la vez primera; mas ahora tenía la evidencia de que intentaban verle, sin duda, para consumir su ruina; su acerba pena se comunicó á la ciudad, llorando grandes y pequeños el daño pronto á estallar, en cumplimiento de las antiguas profecías. El emperador reunió á consejo á los reyes aliados Cacama y Totoquihuatzin, con los señores principales del imperio. Deliberado el caso, la mayor parte de los consejeros fueron del aviso de Cacama, quien dijo debían ser recibidos de paz los extranjeros; porque si eran dioses, inútil era la resistencia; si, como se decían, eran embajadores de un gran rey, por honra del imperio y de los enviados, debía recibírseles con honra; si traían alguna intención hostil, preciso era no aparentar debilidad, conocer esa intención, lo más pronto posible, á fin de combatirla, ya que tan pocos eran, antes de que pudieran entenderse de las disenciones del imperio. Interpelado Cuitlahuac, señor de Iztapalapan, se contentó con decir estas palabras: «Mi parecer es, «gran señor, que no metais en vuestra casa quien os «eche de ella.» No por más cuerdo sino por más conforme á los recelos de Moctecuhzoma, prevaleció este consejo, en consecuencia del cual recibieron instrucciones los embajadores.

Siete días después de haberse despedido, es decir, hacia principios de Mayo, reapareció Teuhtlilli en el campamento español, trayendo en su compañía un noble parecido en el rostro á Cortés, escogido por Moctecuhzoma como una especie de agasajo para el ge-

neral y guiado por las pinturas que le habían llevado: Bernal Díaz le llama Quintalbor, nombre que no es mexicano, aunque en el campo fué conocido con el apellido de Cortés. Llegados los enviados delante de Don Hernando, hicieron la reverencia de estilo, le sahumaron con *capolli* en braserillos que en las manos traían, y extendiendo esteras finas (*petlatl*) sobre el suelo y encima mantas ricas, los cien *tamenes* que venían pusieron los objetos de un rico presente. Componíase éste de telas deliadas entretejidas con plumas, rodela de pluma con planchas de oro y plata, adornadas con aljofar, penachos de grandes plumas, mosqueaderos, brazaletes, collares y orejeras de oro y piedras finas, sandalias con la zuela de una piedra blanca y azul, piezas de armadura de oro, espejos de margajita, tejidos finísimos cual si fueren de seda, figuras vaciadas de diversos animales, como perros de la tierra, leones y tigres. «Sobré todo esto dió dos «ruelas, la una de oro esculpida en ella la figura del «sol con sus rayos y follajes, y ciertos animales señalados, que pesaba más de cien marcos; la otra era de «plata con la figura de la luna, labrada de la misma «manera que el sol, de cincuenta y tantos marcos: tenía de grueso como un real de á cuatro y todas maticizas: tenían en redondo cada una, lo que una rueda «de carreta. Quedaron todos los que las vieron, suspensos y admirados de tan gran riqueza, y juzgóse «que valia el oro y la plata que allí habia, veinte y «cinco mil castellanos; pero la hechura y hermosura de

«las cosas, mucho más valdria de otro tanto.»<sup>1</sup> Trajeron, además, el casco que llevaron prestado lleno de oro, «en grandes crespos como lo sacan de las minas, «que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos «en mas, por saber cierto habia buenas minas, que si «trujeran treinta mil pesos.» En suma, aquello representaba la industria y la riqueza indígenas.

### VIII

Sin el aparato de los méxica y como de oculto llegaron al campamento ciertos emisarios del rebelde príncipe de Texcoco, el joven Ixtlixochitl, traían algún regalo en oro, mantas y plumas, que entregaron á Don Hernando, dándole la bien venida y diciéndole que su señor se ofrecía por amigo suyo; é informándole de las desavenencias y disturbios del imperio, pedía-le ayuda para vengar en Moctecuhzoma la muerte de Nezahualpilli, y poner en libertad á todos los pueblos. Aquel ambicioso fué el primero que acudió al extranjero, buscando apoyo para el logro de una usurpación injusta y una venganza bastarda. Ignoramos

<sup>1</sup> Ixtlixochitl, Hist. Chichim., cap. 80. M. S.